

CLARK, GRAHAME Y STUART PIGGOTT, *Prehistoric Societies* (Londres, Hutchinson, 1965) ("The History of Human Society", ed. J. H. Plumb). 356 pp., 95 ilustraciones, VIII láminas y 4 mapas.

Primer volumen de una serie que vendrá a ser una historia de la Humanidad. Los autores la inician con el dedicado a las sociedades prehistóricas, que será de gran utilidad por su documentación al día, claridad de expresión y bien seleccionadas ilustraciones.

Al capítulo "El lugar del hombre en la naturaleza" con una síntesis de la geología y la evolución del hombre, siguen los dedicados al paleolítico inferior y medio, así como el titulado "Los cazadores y artistas adelantados" referido a las sociedades del paleolítico superior y sus progresos técnicos y artísticos que constituyen el primer apogeo de la humanidad en gran parte de Europa y Sudoeste de Asia. Nos preguntamos por qué no se menciona siquiera el arte levantino español y el de África, cuando en el lugar oportuno se hace referencia a los grabados rupestres y al arte australiano.

En el capítulo "La expansión del poblamiento humano" se trata también de América y de Oceanía donde (en Australia), como lo prueba el C14 ya había un poblamiento en  $14,180 \pm 140$ . Del hombre primitivo americano sólo se habla de los cazadores con puntas de proyectil, de fines del pleistoceno, sin tener en cuenta la primera oleada del poblamiento que trae al continente la cultura de lascas y nódulos semejantes a la del E. y SE. de Asia y que el C14 fecha hacia 35,000 a. C. (Lewisville, Texas), representando una tradición de cultura primitiva que arranca del paleolítico inferior del E. y SE. de Asia y que en América se perpetúa hasta muy tarde, al lado de otras tradiciones culturales

más adelantadas. Esta supervivencia encontraría lugar adecuado en el capítulo "Cazadores y pescadores del pasado reciente y sus limitaciones" dedicado a la persistencia de rasgos de la vida primitiva en las áreas marginales no sólo de África y Australia, sino en la esquimal y entre los indios de Norte América y Patagonia.

Los cambios climáticos de la transición del pleistoceno al reciente y las culturas del mesolítico se tratan en el capítulo "Preparando la escena para la transformación económica", y la revolución neolítica es objeto del capítulo "Los orígenes de la agricultura en el antiguo y en el Nuevo Mundo", teniéndose en cuenta la evolución de la agricultura en Mesoamérica y en Perú. Se menciona el principio de la agricultura en Tamaulipas; pero no los importantes descubrimientos de la cueva de Coxcatlán en Tehuacán, Puebla.

Son excelentes los capítulos sobre "Comunidades de agricultores en el Asia occidental prehistórica" y "Las más tempranas comunidades de agricultores de Europa". Haríamos a este último las mismas reservas hechas al comentar "Ancient Europe" de Piggott; en cuanto a la supuesta colonización de la España eneolítica por gentes egeas y para los problemas relacionados con los monumentos megalíticos de Occidente. Para éstos, como para los de Escandinava y otras regiones de Europa septentrional, hay que tener en cuenta puntos de vista muy diversos y, repetimos, no insistir en generalizaciones muy atractivas pero para las que no creemos que exista una base firme, siendo el problema mucho más complejo de como a menudo se plantea. Ya apuntamos en la recensión de "Ancient Europe" que aún admitiendo múltiples influencias con las intensas relaciones, especialmente del tercer milenio, entre las culturas europeas, en la civilización megalítica occidental hay una base indígena anterior y lo mismo cabe decir de la megalítica nórdica. Clark y Piggott mismos reconocen que la tradición de las tumbas en cámaras colectivas se inserta en la cultura neolítica primitiva de aquellas regiones que ya tenían tumbas hechas con bloques de piedra indígena y que el mobiliario dentro del nuevo tipo es resultado del desarrollo sin solución de continuidad desde la cultura de los dólmenes y aun de la anterior. Este hecho había ya llevado a Childe<sup>1</sup> a admitir la posibilidad de que en sus orígenes la cultura de los dólmenes nórdicos fuera independiente de las occidentales, aunque posteriormente se establecieran contactos e influencias. Pero parece que se simplifican demasiado las cosas al decir:

<sup>1</sup> V. G. Childe, *Prehistoric migrations in Europe* (Oslo-Londres, 1950).

La difusión atlántica y báltica de un tipo de tumba no asociada con otros elementos intrusivos de la cultura material debe pensarse como algo análogo a la propagación del cristianismo primitivo o del Islam, en el que se repite una forma estereotipada de construcciones rituales en todas las áreas en que se adoptó la nueva religión, aunque necesariamente no se ligara ello con la adopción de otros rasgos culturales de la región del origen próximo. Una vez establecidos en el Occidente de Europa, la tumba colectiva en cámara y el ritual a que dio lugar tuvieron una larga vida, produciendo excentricidades y desviaciones, por ejemplo, en las Islas Británicas, de manera que podemos preguntarnos si las divergencias arquitectónicas no fueron acompañadas por extravagancias igualmente curiosas en los conceptos y en las creencias básicas.

De este modo los autores parecen admitir la complejidad del problema; pero nosotros no acabamos de creer que las semejanzas en las construcciones megalíticas de las diversas regiones y aun la propagación de ciertas ideas religiosas autoricen a pensar en una verdadera "religión megalítica" propagada desde un solo centro.

El capítulo "Ulterior poblamiento de Eurasia septentrional y China" trata de la colonización desde el mesolítico del extremo norte de Europa, Siberia y regiones de las estepas, así como de las relaciones de sus culturas de épocas avanzadas con China. Clark y Piggott admiten, con Gimbutas, el origen de los escitas todavía nómadas en la cultura de los entablamentos ("Timber grave culture") del Norte del Ponto y del Volga, en lo que nosotros también estamos de acuerdo. No así en creer que para los antecesores de los escitas se pueda hacer una unidad étnica de la cultura de los entablamentos y de Antronovo, pese a indudables relaciones entre ambas, problema que hemos discutido en otro lugar.<sup>2</sup> El final del capítulo trata de la aparición de las comunidades agrícolas en China, con el problema de las dos culturas que preceden la histórica de los Shang iniciada en el siglo XIV a. C. De tales culturas, de la de Yang Shao, —con sus aldeas, animales domésticos (puerco, ganado bovino, cabras, carneros y perro) y plantas cultivadas (mijo, arroz) y con su cerámica pintada— los orígenes resultan desconocidos y se supone que pudo comenzar ya en el cuarto milenio a. C. Nos preguntamos si ello no es resultado de una intromisión, en un neolítico primitivo de aquellas regiones, de un movimiento de pueblos occidentales por el camino de las estepas que introducirían la cerámica pintada

<sup>2</sup>El neolítico y la discusión del problema indoeuropeo ("Anales de Antropología" III, México, 1966).

que ofrece tan sorprendentes semejanzas con la de la cultura de Cucuteni-Tripolje de Europa. Para la segunda cultura prehistórica china, la de Lung-Shan —que precede inmediatamente la época Shang— con cerámica gris o negra fina a veces hecha a torno pero no pintada, caballo y escapulomancia o sea adivinación mediante omóplatos cuarteados por el fuego —que heredaron los Shang— no se plantea el problema de origen en el libro reseñado. Recordaríamos que se ha comparado frecuentemente su cerámica gris con otras del Próximo Oriente, sobre todo del norte del Irán y que, si hay realmente, como parece, una conexión entre ellas, plantea problemas referentes a la intervención de influencias occidentales en los orígenes de la alta civilización de China, de lo que puede encontrarse un indicio en los signos de escritura pictográfica —como en la primitiva de Mesopotamia— que aparecen en la cultura de Lung Shan, como ha hecho notar Heine-Geldern.<sup>3</sup> En la transformación de las comunidades —que todavía usan la piedra como la de la cultura de Lung-Shan— y las equivalentes en las de la civilización ya tan refinada de los Shang, con la capital de Anyang, los sepulcros con carros de guerra, y los broncees decorados, difícilmente puede dejar de pensarse, como reconocen los autores, en un estímulo llegado del oeste. Indican que en la segunda parte del segundo milenio los arios que hablaban sánscrito llevaron también los carros de guerra a la India y piensan que para los Shang pudo haber otros contactos occidentales, acaso los que llevaron los tocarios indoeuropeos a las fronteras chinas. Con Heine-Geldern<sup>4</sup> supondríamos nosotros que los tocarios llegarían allí más tarde, en la época Chu con la llamada “migración pónica”. La posibilidad de tales contactos con el Oeste la abona según nuestros autores, el comercio de la seda por el conocido camino desde Siria, Mesopotamia e Irán, a través de los pasos montañosos del Uzbekistán y el Tarim, a las capitales chinas. Dicen acertadamente que no sería de sorprender que tales rutas hubiesen sido exploradas ya a mediados del segundo milenio.

Sigue el capítulo: “La Europa bárbara: fase media”, primero con una síntesis histórica del mundo “civilizado” del Próximo

<sup>3</sup> R. Heine-Geldern, *Lungshan Culture and East Caspian Culture. A Link between China and the ancient Near East. (The Origin and Spread of Writing. International Symposium on History of Eastern and Western Cultural Contacts, Collection of Papers Presented, compiled by the Japanese National Commission for Unesco, november, 1956 pp. 5-23)*.

<sup>4</sup> R. Heine-Geldern, *Die Tocharer und die Pontische Wanderung* (“Saeculum”, II, Munich, 1951 pp. 225-255).

Oriente con los trastornos que se producen en los últimos siglos del tercer milenio, después de los cuales aparecen pueblos de habla indoeuropea en el horizonte histórico, ya con lenguas y grupos fuertemente diferenciados. Opinan que el lugar de formación de los indoeuropeos fue el área desde el oeste del Ural a los Cárpatos y al Cáucaso. Creemos que allí pudieron surgir principalmente los grupos indoeuropeos orientales, pero que las culturas del Centro de Europa representan el punto de partida para una formación paralela de los grupos occidentales. Se reanudan luego las relaciones de las culturas europeas de la última parte del tercer milenio, insistiéndose en la "colonización" del sur de la Península Ibérica por elementos del Mediterráneo oriental, sobre lo que hemos dado nuestra opinión en la recensión de "Ancient Europe", lo mismo que acerca de la expansión del vaso campaniforme de tipo "marítimo" y del supuesto "reflujo" que los autores dicen que podría compararse a los Cruzados volviendo a Europa permeados con tradiciones islámicas que modificaron su originaria cultura europea. Se siguen luego las peripecias de las culturas en el segundo milenio y las repercusiones de las culturas de Creta y micénica en la Europa "bárbara", así como la formación de nuevas comunidades y sus relaciones entre sí, llegándose a una cierta homogeneidad cultural.

En el capítulo "La Europa bárbara tardía y el mundo céltico" se examina el resultado de las transformaciones como consecuencia de los movimientos de pueblos y la redistribución de su poderío después de los acontecimientos entre 1,200 y 1,000 a. C. estudiándose en los estados del Próximo Oriente y Grecia en el primer milenio, la aparición de la cultura etrusca en Italia, los movimientos de los pueblos de la cultura de las urnas con los celtas de Europa y de ellos la de Hallstätt y de la Tène, de lleno en el horizonte histórico.

P. BOSCH-GIMPERA